mundo gráfico

La señora del Presidente de la República en la Exposición valenciana de Flores y Muñecas

A beneficio de la Campaña de Invierno, que con tan rotundo éxito viene desarrollándose, se ha inaugurado en Valencia esta Exposición de Flores y Muñecas. He aquí, en el día inaugural, a la señora del Presidente de la República, con un grupo de floristas valencianas. (Fot. Luis Vidal

Miércoles, 2 de Febrero de 1938

AÑO XXVIII
Número 1.370
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID

Homenajes a Madrid

Papel-moneda y sellos conmemorativos

Nuevos billetes y nuevos sellos. En ellos se recuerda—la Cibeles, el Puente de Toledo—al Madrid ejemplar de la guerra

He aquí otros dos recientes homenajes oficiales al Madrid heroico. Los nuevos certificados provisionales de moneda divisionaria, los billetes de a peseta lanzados a la circulación para resolver el problema de los cambios, lucen en su reverso un grabado de la Cibeles, el famoso grupo escultórico que, henchido de belleza y serenidad clásicas, está emplazado en el corazón urbano de la capital de la República.

Al mismo tiempo, el Ministerio de Comunicaciones ha puesto en circulación una colección de sellos conmemorativos de la gloriosa defensa de la ciudad hecha por el pueblo en armas en Noviembre de 1936.

Bien están todos los estímulos recordatorios y reconocimientos oficiales.

Pero no debe olvidar nadie que el mejor homenaje que a Madrid puede hacerse cada día y en todos los ámbitos de la España leal es imitar su conducta, no sólo en el heroísmo de los momentos de lucha, sino también en la serenidad estoica, la austeridad y la disciplina con que la capital dela República desarrolla su vida cotidiana.

Madrid siente en su carne, a diario, el zarpazo brutal de la guerra. Pero Madrid, ensangrentado, heroico y mártir, no ha perdido jamás esa admirable serenidad que es su mejor resorte moral.

Nuestra ciudad tuvo que recortar su vida, que endurecerla, que hacerla austera y sobria. Tuvo que despojarse de cuanto tenía de superfluo, de cuanto antes era lujo y sonrisa, garbo y gesto feliz.

Se hizo el sacrificio callado de todo eso, y Madrid ofreció generosamente este cambio de su fisonomía a la gran tarea común, a la lucha en que ahora está empeñada España.

Así, se convirtió Madrid en la vanguardia de las otras ciudades leales, y fué como su escudo y su fuerza de choque. Madrid ensangrentado, pero invencido; Madrid acosado, pero firme, es la bandera en alto de la lucha.

Madrid hizo su vida rigurosa, sobria, austera. ¿Por egoísmo propio? No. Porque comprendió que al defenderse a sí mismo defendía a las otras ciudades leales. Porque sabía todo lo que para las otras provincias su nombre significaba como garantía y como esperanza.

Y también, y sobre todo, como ejemplo. Ha llegado la hora de apreciar la fecundidad, la valía de ese ejemplo que supo dar Madrid.

El monstruo de la guerra, aunque sin aflojar los tentáculos que aspiran inútilmente a asfixiar Madrid, vomita ahora su furia alevosa sobre otras ciudades y pueblos de España alejados de los escenarios de la lucha. Barcelona, Valencia, Castellón, todo el litoral del Levante que se llamó feliz, están conociendo ahora esa monstruosidad que al modo germánico se llama la guerra totalitaria, y que, traducida por el fascismo español, tiene por musa el terror. Levante sufre ahora esa guerra inicua que primero soportó Madrid y fué luego el martirio del Norte de la España leal.

Y es ahora precisamente cuando el ejemplo y los homenajes a Madrid deben adquirir su máxima valoración. Es ahora cuando los hombres de esas regiones de España sabrán apreciar en su más alto grado el valor del heroísmo, de la serenidad estoica, del sacrificio inmenso y callado que Madrid ha hecho, del tono austero, viril y decidido que ha sabido dar a su vida.

Ahora, mejor que nunca, comprenderán la grandeza y el simbolismo de la defensa heroica que Madrid ha hecho de sí mismo y de todos los demás pueblos españoles fieles a la República.

Y esta sobrestimación no puede tener sino una resultante de mayor atención, de más honda solidaridad con Madrid.

Pasaron las horas de las aportaciones voluntarias, del aislado esfuerzo generoso. La dura lección de la guerra convierte la ayuda a Madrid en un deber más inexcusable que nunca, por cuanto ya, por dolorosa experiencia propia, se sabe prácticamente en todos los ámbitos de la España leal cuánto vale lo que Madrid ha sufrido y todo lo que representa cuanto Madrid ha hecho.

Ahora, más que nunca, Madrid es ejemplo y símbolo para todo el pueblo antifascista español. Ahora, más que nunca, es obligada la solidaridad práctica con la capital de la República. Madrid necesita de todos, porque más que siempre, todos los pueblos de España necesitan mantener incólume, enhiesto como la mejor bandera de lucha, lo que Madrid significa para España y para el mundo.

La Cibeles que luce en los nuevos billetes, la vista del Puente de Toledo que sobre un fondo de trincheras republicanas decora los nuevos sellos postales, son un justo homenaje. El puente, ahora, es un parapeto. La Cibeles auténtica está *camouflada*. Pero bajo sus sacos terreros, la estatua, henchida de belleza y serenidad, expresión entrañable de Madrid, espera incólume a ser liberada para sonreír perennemente bajo un sol de victoria.

J. F.

Ejemplos de la retaguardia

La administración de fincas incautadas en Madrid producirá este año al Estado más de 40.000.000 de ptas.

En la retaguardia, sin estruendos bélicos, se ganan también batallas que, aunque no inflaman líricamente la prosa de los cronistas de guerra ni constan en los partes oficiales, representan auténticas victorias, no por calladas menos fecundas para la causa que todos defendemos.

Aportar dinero que hace falta para la lucha; alumbrar fuentes de riqueza o aumentar las ya existentes; estimular en la retaguardia el sentido humano de cooperación, de contribución a las necesidades del Estado, representa también una labor inmensa, de heroísmo cívico, gemelo en eficiencia al que el pueblo derrocha en los frentes de combate.

Hablemos hoy de una de estas organizaciones de la retaguardia madrileña, cuyo trabajo silencioso, erizado de dificultades, da un magnífico resultado.

La Administración Especial de Fincas Urbanas y Solares Incautados de Madrid realiza una labor improba. Fruto de ella, del esfuerzo y el sacrificio callado de un puñado de hombres que quieren permanecer modestamente en su anónimo burocrático, es que la recaudación por aquellos conceptos aumenta de día en día, con lo que el Estado obtiene cada vez mayores rendimientos y se siente económicamente más fortalecido.

Uno de los trabajadores en esta Administración—uno de tantos que, pese a su jerarquía justamente ganada a costa de competencia y esfuerzo, rehuye para su nombre toda publicidad—nos facilita esta información:

—La Administración Especial de Fincas Urganas y Solares Incautados de Madrid ha remitido al Ministerio de Hacienda el resumen de la liquidación obtenida durante el mes de Diciembre último en concepto de alquileres, y que alcanza la suma de 4.460.990 pesetas. Se supera la recaudación del mes de Noviembre, que importó 3.959.547 pesetas.

Esta marcha ascendente de la recaudación permite suponer que por este concepto el Tesoro percibirá en el año actual un beneficio de más de cuarenta millones de pesetas.

Esta cifra no representa sino un modesto porcentaje de lo que habrá de ser en lo futuro esta fuente de ingresos para el Estado. Hay que tener en cuenta que una gran parte de las fincas incautadas por el Estado actualmente, por ser antes propiedad de facciosos o haber sido abandonadas por sus dueños, están deshabitadas hoy por su situación en zonas de guerra.

—¿Y cómo se ha resuelto el problema de las fincas incautadas en otras zonas y que habitan evacuados y gentes modestas?

—Del único modo que podía hacerse en estas circunstancias. Con un sentido generoso y humano. Hay familias de combatientes que, evacuadas de zonas de peligro, habitan hoy palacios o pisos de lujo abandonados por sus dueños. Sería absurdo imponer a estas familias unos alquileres en consonancia con la situación y el lujo de la vivienda. La Administración tiene esto en cuenta, y a los auténticos refugiados sólo les hace pagar una cantidad módica, la indispensable para compensar los gastos que origina la conservación de la vivienda.

—¿Y pagan todos?

—Generalmente, sí. Si al principio hubo cierta rebeldía, puede atribuirse a aquella especie de «orgía de las incautaciones» que hubo. Pero al pasar las fincas al Estado, todos han comprendido—y éste es uno de los mejores ejemplos de disciplina cívica de nuestra retaguardia—que la vivienda gratuita es todavía una quimera, y que la mejor prueba de antifascismo es no boicotear al Estado en sus fuentes de ingreso.

Madrid, a este respecto, como en muchos otros, es un ejemplo magnífico. A pesar de ser la ciudad más cercana al frente, da esa prueba de disciplina cívica, de la que son exponentes los aumentos de las recaudaciones del Estado.

Mucho ha habido que luchar y se lucha aún aquí—termina diciéndonos nuestro interlocutor—con cierta incomprensión, con ciertos prejuicios, que no por flamantes y *camouflados* de revolucionarismo dejan de ser eso: prejuicios. Pero todo se va venciendo, y hoy las recaudaciones de la Administración de Fincas Incautadas pueden ofrecerse, por su progresión ascendente, si no como un modelo, sí como un buen ejemplo de la ciudadanía, la disciplina y el justo sentido de lo que los problemas anejos a la guerra deben significar para todo español leal.

J. F.

La Biblioteca más completa de la guerra mundial

Henri Barbusse, el autor de la más admirable novela francesa de la Gran Guerra: «El fuego»

Ocupa treinta salas en un palacio de Stuttgart

Hay en ella una sección especial dedicada a los "Diarios de guerra" y a los "carnets" de apuntes encontrados en los prisioneros y en las ropas de los caídos

Erich María Remarque, el autor de la mejor novela alemana de la lucha mundial: «Sin novedad en el frente»

Las guerras son siempre, por ellas mismas—por su enorme contenido trágico—y por su resonancia histórica y social, hechos fundamentales en la vida de los pueblos. Y cada día, por la intensidad creciente de la vida, aquella resonancia será más larga. Cuando ya han callado los cañones, siguen—y son más—los libros, los periódicos, los estudios, las novelas, las interpretaciones, los recuerdos.

Cuando Napoleón vió obscurecerse su estrella en Waterloo, empezó una literatura napoleónica que no ha acabado todavía ni lleva trazas de acabar. Cuando, el 11 de Noviembre de 1918, se extinguieron los últimos tiros de ametralladoras de la Gran Guerra, se hizo más abundante—y más interesante también—la lista de libros, folletos y artículos sobre aquella contienda mundial. Fué la época mejor de las novelas de guerra. Libros técnicos de interpretación y comentario de las operaciones militares. Investigación de causas, luz sobre enigmas y penumbras de hasta entonces. Verdaderas montañas de papel impreso se publicaban a diario en todo el mundo. Y, como era natural, fueron formándose en los distintos países que en la lucha habían intervenido archivos y bibliotecas de la guerra; había que reunir todo aquel material disperso para poder ofrecer al historiador de las horas futuras una visión completa y documentada de aquella tragedia de Europa.

De todas esas bibliotecas de guerra, la más completa es la que hay en la ciudad de Stuttgart, en Alemania. Un gran historiador, el profesor Eiler, la dirige. Eiler es catedrático de Historia moderna en el Instituto Superior de Tecnología de aquella ciudad germánica. Y se ha consagrado entusiásticamente a la tarea de ir mejorando y mejorando aquella biblioteca creada en los días más duros de la contienda mundial.

Está instalada en el palacio Rosenstein, del que ocupa treinta salas. Y es, por la cantidad, la calidad y la variedad de los materiales en ella reunidos, completísima y excepcional.

Un rico industrial wurtemburgués, Ricardo Franck, la fundó en Berlín en 1915, cuando la lucha era encarnizada sobre los frentes de Francia. La biblioteca—archivo también—crecía y crecía. Se multiplicaban día a día los libros, los folletos, los documentos, las fotografías... Se imponía la necesidad de contar con un local mayor. Y así, su creador la trasladó a aquel amplio palacio de Stuttgart, donde el importante material que iba recogiéndose podía tener la cabida necesaria.

Hay en la biblioteca un total de setenta y cinco mil volúmenes, escritos en todas las lenguas del mundo en torno a las figuras y los hechos, los orígenes y las consecuencias de la gran contienda.

En el catálogo figuran cinco mil revistas y dos mil ciento cincuenta periódicos alemanes y extranjeros. Hay también innumerables revistas publicadas en las mismas líneas de fuego.

La colección de fotografías es completísima: escenas impresionantes de la guerra, vida de trincheras, pueblos destrozados, movilizaciones, campos de batalla... El valor de todo este documental gráfico es incalculable.

Hay también en la biblioteca otros documentos de un gran interés para la reconstrucción de aquellos días de drama: las proclamas que se arrojaban desde los aviones, los manifiestos revolucionarios con que desde la retaguardia—hambre, fatiga, dolor—se trataba de minar la disciplina de los frentes, folletos humorísticos, caricaturas, carteles, bonos para el racionamiento de víveres, papel moneda...

Una sección especial está destinada a los «Diarios de guerra» y a los *carnets* de apuntes encontrados en los prisioneros y en las ropas de los caídos en la lucha. Nada, en fin, falta en esta biblioteca completísima de la locura humana.

* * *

Nuestra guerra tiene también una enorme fuerza trágica. Tendrá, además, excepcionales consecuencias de orden político. Cuando los últimos tiros se hayan extinguido, nacerá, por todo ello, una copiosa literatura en torno a la guerra. (Lo hecho hasta hoy es escaso y flojo). Pero hasta que ese momento llegue, se puede contar ya con una abundante e interesante documentación, que no debe perderse, que debe ser reunida para los futuros historiadores e intérpretes de la lucha. Algo de eso se está haciendo ya entre nosotros. En el próximo número lo daremos a conocer a nuestros lectores.

La guerra en China y el humor del mundo

(Caricaturas de "Le Populaire")

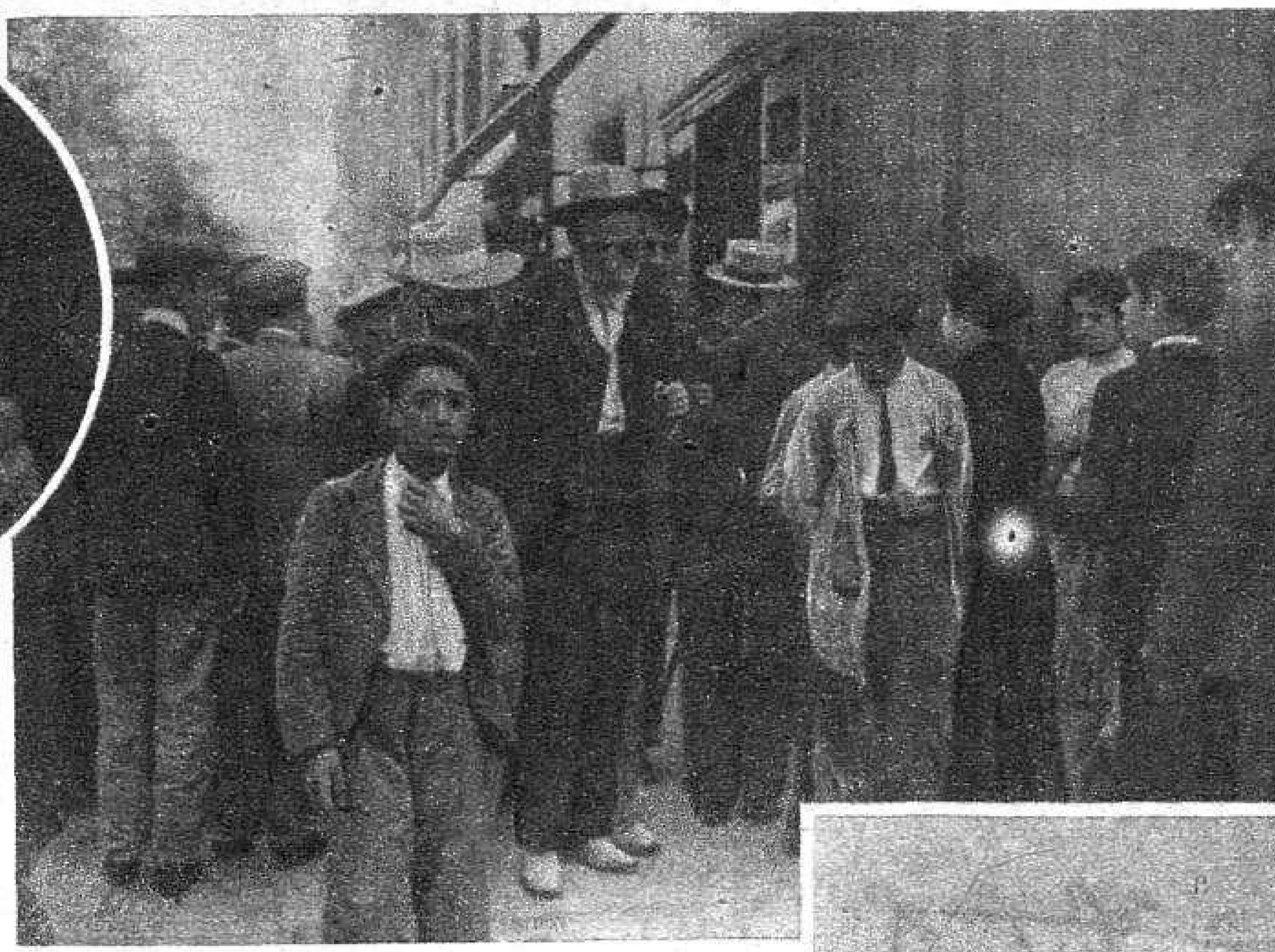
El Japón —¿Acabarás de comprender que si he entrado en tu casa es para ofrecerte la paz?

El Japón.—Y esto, se lo digo al mundo, es un tratamiento de favor a mi hermano de raza...

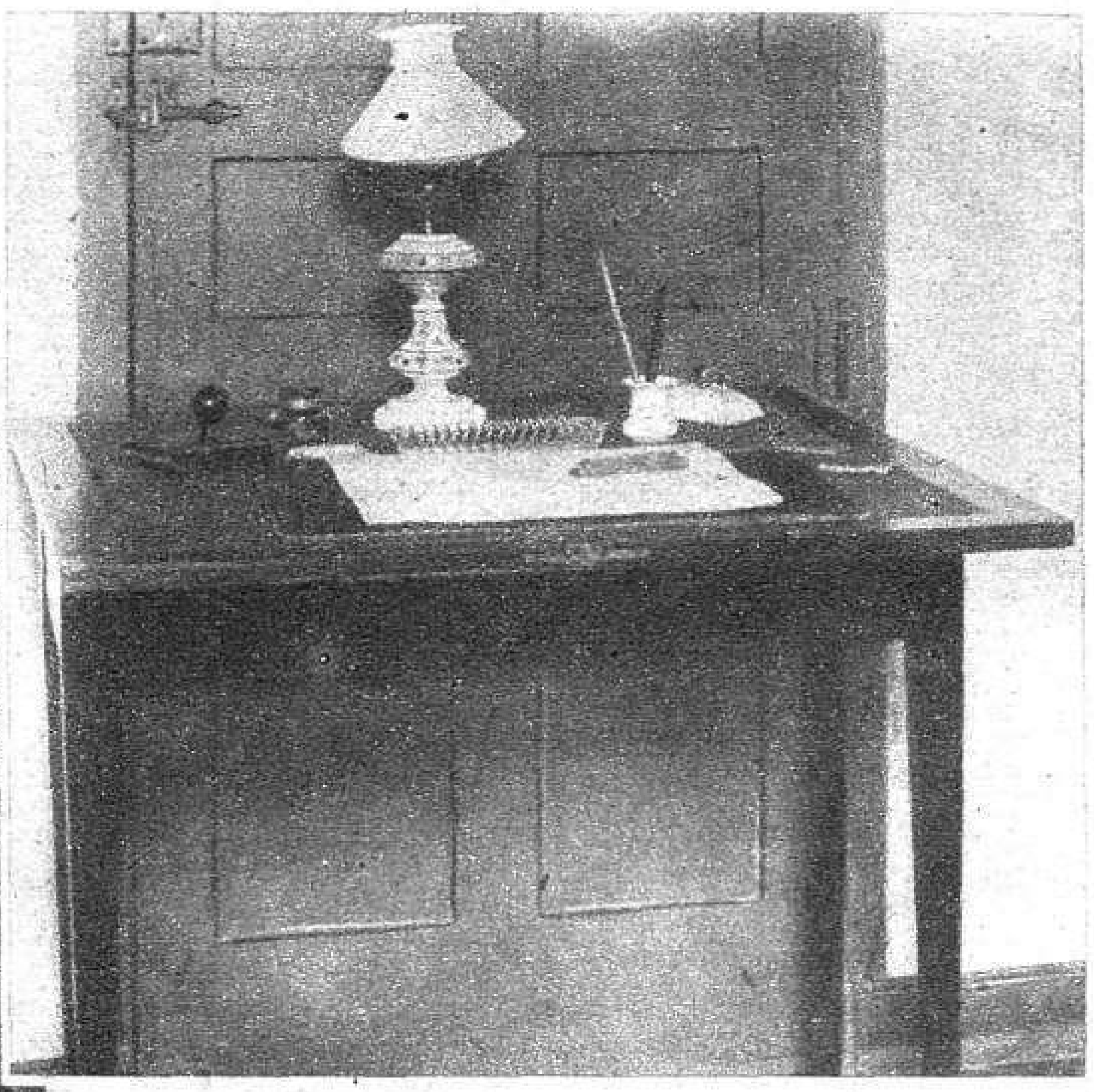
Cómo se organizaron los trabajadores madrileños

LA ASOCIACION DEL ARTE DE IMPRIMIR

Este sombrero hongo era en Iglesias, como en tantos trabajadores de la imprenta, como un distintivo profesional dentro de las masas obreras españolas



Pablo Iglesias a la salida de uno de aquellos mítines que poderosamente contribuían a la organización de nuestras multitudes proletarias



Sobre esta mesa y a la luz de este quinqué de petróleo delineó Iglesias, con las formas de la Asociación del Arte de Imprimir, el macizo contorno de la organización obrera actual

El gran luchador proletario se multiplicaba en mítines y asambleas. Vedle aquí, en la presidencia de un mitin, con Soriano, con Martínez Sol, con Blanco Soria, con Barriobero...

En la organización de los trabajadores españoles, lo primero es el Arte de Imprimir, que constituye una Sección de la Internacional, con Pablo Iglesias, Anselmo Lorenzo, Hipólito Pauly y José Posyol, cuando, en 1869, llega a Madrid José Fanelli, encargado por la Alianza de la Democracia Socialista, que fundara Bakunin, de difundir entre nuestros obreros los principios de la solidaridad de los pueblos frente a los privilegios de clase del capital.

—Poco después—recuerda Juan José Morato, uno de los veteranos de la Asociación—, los tipógrafos madrileños, algunos afiliados a aquella Sección de la Internacional, y otros todavía no convencidos por aquellos principios de lucha, se unían en una Sociedad que había de defender los derechos morales y los intereses económicos de los trabajadores de la imprenta, en perfecta armonía con los intereses y los derechos de los patronos. En la Asociación General del Arte de Imprimir, que se constituyó en 1871, aparecían, junto a los nombres de muchos obreros tipógrafos, los de algunos dueños de imprentas, como Rivadeneyra y Gasset y Artime, el propietario y fundador de *El Imparcial*, que acaso obedecían a aquel aforismo popular que aconseja al hombre, para que una mujer hermosa le siga por las calles, ponerse delante. Pero pronto se vió que aquella conciliación del trabajo y el capital era imposible. En cuanto la Asociación se dispuso a cumplir uno de los primeros objetivos para que fué creada: la determinación de unas tarifas de salario en justa proporción con las necesidades mínimas de los obreros. De más de un centenar de patronos, sólo treinta y ocho se mostraron dispuestos a aceptar el acuerdo. Y allí mismo empezó ya a concretarse la conveniencia de cambiar en una Sociedad de resistencia lo que había querido ser una organización de armonía obrera y patronal.

Pablo Iglesias, en la Asociación del Arte de Imprimir

Pablo Iglesias no pertenecía a la Asociación. Pablo Iglesias había permanecido en la Sección de Tipógrafos de la Internacional, convencido de que entre el capital y el trabajo no cabían fórmulas conciliadoras. Y sólo ingresó en el Arte de Imprimir cuando ya la organización había experimentado el fracaso de aquellas fórmulas.

—Iglesias—sigue diciendo Morato—llegó a la Asociación en Mayo de 1873, y un año más tarde era elegido presidente de una Directiva que pronto había de poner a prueba su capacidad al tratar de obligar a los patronos a respetar las tarifas aprobadas, cuando el ciento de líneas, que debía pagarse a catorce pesetas, se pagaba en muchas imprentas a seis, y llegando a plantear la huelga frente a la sordidez capitalista. Desde entonces empiezan las luchas de los tipógrafos por la mejora de las condiciones de trabajo. Pero también por la solidaridad de todos los trabajadores y por la formación de un frente de clase para oponerlo al que el capital tenía duramente forjado para mantener sus privilegios irritantes e injustos.

Hacia la creación de la Unión General de Trabajadores

—A ejemplo de los obreros del Arte de Imprimir, empezaban ya a organizarse los trabajadores de otros oficios. Poco a poco se iba a hacer posible la constitución de la Unión General de Trabajadores. Pero aun quedaba por recorrer mucho camino. El Arte de Imprimir ayudaba a los camaradas que iban agrupándose en Sociedades. Los albañiles, los panaderos, los zapateros... Pronto iba a nacer el Partido Socialista Obrero Español. Y de sus treinta y siete fundadores, veinte eran tipógrafos. Y así llega para la Asociación del Arte de Imprimir la huelga de 1882, para imponer, ya sin excepciones, la aplicación de las tarifas que muchos patronos se habían negado a aceptar. En Madrid había entonces mil cuatrocientos tipógrafos, de los que más de mil estaban asociados. El movimiento podía producirse, por consiguiente, con las mejores posibilidades de triunfo. Y fué inútil que, para evitarlo, el Gobierno actuase con un rigor que desbordaba de las atribuciones de la autoridad, y que encarcelase a la Directiva en pleno y, con ella, a algunos de los compañeros que sin tener cargos de responsabilidad en la Junta habían ganado ya una significación en la organización de los trabajadores de la imprenta—añade.

Juan José Morato, huelguista de entonces, recuerda cómo se procuró por todos los medios que aquella huelga fracasara.

—Se trajeron operarios de provincias, se cedieron los tipógrafos militares de Guerra y Marina y los de los establecimientos oficiales civiles para que cubrieran en los periódicos y en las imprentas particulares las vacantes producidas por los afiliados al Arte de Imprimir, que se negaban a volver al trabajo hasta la puesta en vigor de las tarifas. Pero la huelga se ganó. Y al cabo de varios meses de resistencia, sólo muy contadas Casas mantenían su intransigencia y dejaban sin trabajo a ciento sesenta y cinco compañeros, a los que no tardamos en colocar. Desde entonces—sigue diciendo Morato—no se produjo en España un movimiento obrero que no arrancase de la organización de los tipógrafos madrileños o dejara de contar con su aliento y su solidaridad. Y cuando se constituyó la Unión General de Trabajadores, fueron los obreros del Arte de Imprimir los que aportaron a ella más poderosa vitalidad con la energía de su entusiasmo y la fuerza de su experiencia de luchadores.

Los hombres de la Asociación del Arte de Imprimir

Nombres. Juan José Morato va diciendo los nombres de tantos camaradas que llenan las páginas de la historia de la Asociación. Son los mismos que conmueven a lo largo de setenta años de combate los bloques humanos del proletariado de España. Anselmo Lorenzo, Francisco Feito, José García y García, Pauly, García Quejido, Matías Gómez Latorre, Pablo Cermeño, Peña Cruz, Pascual Simal, Antonio Atienza...

—Pero sobre todos, Iglesias, que mientras atendía a la dirección del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores, no abandonaba el cuidado de la Asociación del Arte de Imprimir. Pablo Iglesias, trabajando en el comedor de su casa para el Arte, o andando por las calles con su sombrero hongo, que era, entre las gorrillas o las boinas de los trabajadores de otros oficios, como un distintivo del cajista de imprenta, puso siempre sobre cualquier otro título político o sindical su condición de obrero tipógrafo. Y esto no era en Iglesias una manifestación de humildad, sino, por el contrario, expresión de su orgullo. Porque si sólo por la cultura, de la que es la imprenta el vehículo, podían llegar los trabajadores a elevar su nivel, sólo por la Asociación del Arte de Imprimir, que dió fuerza a las organizaciones obreras, pudieron hacer que se les respetara su cultura—termina Morato.

Y él también, como Iglesias, yergue orgullosamente su condición de tipógrafo al hablar de la Asociación del Arte de Imprimir.

JOSE DE LA RIVA

Mademoiselle DOCTOR

La vida y las aventuras de una espía extraordinaria

VI

Una nueva amistad

Un gran servicio

MATTHESIUS mira atentamente, durante un buen rato, aquella fotografía que Ana María Lesser le muestra. En los ojos agudos del hombre hay una expresión en la que se funden contento y asombro. Devuelve la fotografía a la muchacha y empieza a hablar lentamente:

—Es sencillamente sensacional. Es un servicio de un valor extraordinario No quiero ocultárselo a usted: se trata del descubrimiento más importante de cuantos se han hecho en muchos años. Estábamos aquí, en Alemania, trabajando en el modo de resguardarnos del alcance de los cañones, y resulta que hay países en los que la artillería se entierra. Tienen un enorme interés todos estos informes suyos.

Hablan todavía bastante más tiempo sobre el alcance del servicio prestado. Al despedirse, Ana María pregunta a su jefe:

—¿Y ahora? ¿Dónde me enviará usted ahora?

—Seguramente a Beverloo. En Bélgica podría usted hacer cosas interesantes. Venga a verme dentro de unos días.

Y, efectivamente, al cabo de unos días, la muchacha vuelve al despacho de Matthesius. La emoción del espionaje, su inquietud y su peligro se han apoderado del alma de Ana María. Ella no puede vivir ya sin el dinamismo y sin la intensidad de aquel trabajo apasionante de sus jornadas últimas en los Vosgos.

El invierno en Berlín

Ya es definitivamente agente de Matthesius. Tiene con él conversaciones largas, merced a las cuales la muchacha va penetrando de un modo cada vez más profundo en los secretos del espionaje. Este arte difícil y arriesgado ha captado ya en sus redes a Ana María, que le dedica sus horas mejores y sus mejores esfuerzos. En el Servicio del Espionaje alemán, ella tiene ya su cifra correspondiente: es la agente «1 y 4 G. W».

Son los últimos meses de 1913. Todo ese invierno lo pasa Ana María Lesser en Berlín, trabajando con intensidad junto a Matthesius, su jefe y maestro. Es una alumna admirable, con unas grandes cualidades de intuición y asimilación. Rápidamente sabe darse cuenta de las más difíciles cosas. Allí, junto a Matthesius, conoce personalmente a algunos destacados agentes del Servicio alemán. Quizá, a lo largo de los días, tenga que trabajar con ellos. Su contacto de ahora puede serle muy conveniente.

Todo el tiempo que permanece en Berlín trabaja, al lado de Matthesius, en el Servicio Secreto de Información sobre los Armamentos del Exterior. Empieza 1914. Y ya cuando los días dejan de ser inclementes, y la primavera pone flores nuevas en los campos, Matthesius dice a Ana María:

—Prepárese usted. Hay que marchar a Bélgica. Ha llegado el momento de que hagamos aquella información, ¿recuerda usted?, de Beverloo. Tiene para nosotros un gran interés...

La nueva misión

Ana María Lesser sale al día siguiente de Berlín, rumbo a Bruselas. Su misión tiene, en efecto, una gran importancia: se trata de reconocer el campo de maniobras de Beverloo, cercano a la frontera holandesa. Se trata también de conocer los armamentos de que se dispone en ciertos sitios de Bélgica. Hay que saber la potencia defensiva de algunas fortificaciones. Las baterías de que se dispone, por ejemplo, en los fuertes de Lieja. Y el calibre y clase de las piezas. Y la utilización que en determinados casos pueden tener los ríos y los canales de la nación. Y el estado actual de las líneas de ferrocarriles...

Cuando llega a Bruselas se hospeda en el Hotel Inglés. Pero en la lista de viajeros no figura con su verdadero nombre. Ahora tiene un apellido francés. Y, según los datos del pasaporte, procede de París.

Fiesta en el hotel

Una noche, en la sala de fiestas del hotel, los oficiales belgas han organizado un baile. Algunos están cenando en el comedor antes de la fiesta. En el comedor, también, sola ante una mesa, Ana Maria Lesser. Está bellísima. Nadie reconocería en ella a la muchacha estudiante de los Vosgos. Es una mujer nueva, distinta.

Un joven teniente belga, René Austin, se levanta de la mesa para salir. Atraviesa el comedor, pasa junto a la mesa de Ana María. Un vaso de cristal cae al suelo. Ana María lanza un breve grito; se ha cortado una mano, y una gota de sangre cae sobre el mantel.

El teniente Austin se acerca a la mujer galantemente:

—¿Se hizo usted daño? Venga usted. Buscaremos un poco de alcohol.

—No ha sido nada—responde ella sonrientemente.

El teniente la acompaña fuera del comedor. Busca alcohol y algodón. Al cabo de un rato los dos charlan y ríen alegremente, sentados en las butacas del *hall* del hotel.

René Austin está prendido en el hechizo de esta mujer bellísima

—Los vasos pueden traer la suerte—dice el teniente.

—Así lo espero—responde Ana María, mirando al hombre con una mirada que es una promesa.

Ella cuenta su «vida de antes»

No tarda el teniente Austin en saber quién es la dama. En el hotel le informan de que se trata de una francesa extraordinariamente apasionada por la pintura; ha venido a Bélgica para estudiar de cerca la pintura flamenca y para copiar algunas obras maestras de los Museos. Austin conoce también en seguida sus costumbres, sus sitios predilectos, sus gustos. Rápidamente intima con ella. Dispone, fuera del servi cio, de bastantes horas libres, que emplea en acompañar a la bella extranjera. En los restaurantes, en los Museos, en los paseos, se les ve juntos muchas veces.

Ella, entregada ya a la nueva amistad, cuenta su vida de antes al teniente Austin Es huérfana desde hace bastantes años. Su padre era militar francés, y dejó a la hija, como herencia, un ferviente amor al Ejército, institución fundamental y gloriosa de la patria. La muchacha siente un gran amor hacia todas las cosas militares; un amor que le viene de casta y que tiene, por esto, en ella raíces hondas.

Habla con exaltación del Ejército de Francia. ¿Y el Ejército belga? ¿Cómo es el Ejército belga? Ana María pregunta algunas cosas sobre él al teniente Austin, que contesta cumplidamente a la damita.

—Claro que nuestro Ejército no admite comparación con el de ustedes. Es mucho más modesto. Pero cuenta con ciertas unidades y ciertos elementos de interés.

Hacia Beverloo

Una semana más tarde, Ana María desaparece. Inútilmente la busca Austin por toda la ciudad. Ya desconfiaba de encontrarla, cuando aparece de nuevo en Bruselas. Ha estado dibujando y pintando por varios sitios del país. Le enseña dos de los croquis que ha hecho: dos paisajes. Guarda, en cambio, otros muchos que, naturalmente, no enseña al rendido teniente Austin.

Apenas de nuevo en Bruselas, Ana María envía a una dirección de Berlín una caja llena de cuadros al óleo: representan bosques, molinos, caballos. Estos cuadros llegan hasta Matthesius, en Berlín, y Matthesius los somete a ciertas pruebas: los colores van desapareciendo, y tras ellos, en su lugar, surgen unos dibujos de fuertes y emplazamientos de artillería.

Ana María reparte sus horas en Bruselas entre la pintura y el teniente Austin. Un día ante el hotel se detiene un coche pequeño y lujoso, de dos asientos.

—Lo acabo de comprar —dice Ana María—. Voy a recorrer en él toda esta región. ¿Quiere usted acompañarme, ser mi mecánico durante unos días?

El acepta encantado. Dispone de una licencia de ocho días. Juntos salen de Bruselas. Atraviesan el campo de maniobras de Beverloo.

En el próximo número:

VII. — Un papel en el viento

Madrid, ciudad de guerra

Cómo podría ser aminorado el problema de las «colas»

Con lo que se atenuaría también otros problemas y otras dificultades que la guerra han planteado a la ciudad

Algunos hechos recientes—por ejemplo, ese frío intensísimo de los días finales del año, esa gran nevada de Año Nuevo...—traen al retablillo de la actualidad el tema de las *colas* madrileñas. Tiempos de guerra, con su cortejo natural de escasez, de incomodidad, de esfuerzo. Al gran sacrificio de los que luchan y mueren en los frentes debe responder este otro sacrificio callado de los hombres y las mujeres de la retaguardia. Y Madrid—¿frente?, ¿retaguardia?—ha aceptado, con una silenciosa y noble serenidad, la diaria escasez, la diaria incomodidad, el diario esfuerzo; es lo menos—piensa el espíritu de la ciudad—que podía ofrecer al hombre de las trincheras, al que arriesga su vida frente a las balas y bajo el frío.

Admitida por todos esa gran serenidad con que Madrid vive su vida de ciudad castigada por la guerra, no requiere encarecimientos la conveniencia de que se reduzcan al mínimum, a lo estrictamente necesario, las incomodidades para una población civil que tan elevadas pruebas de espíritu viene dando.

Tiempo de guerra no es nunca tiempo de abundancia. Y consecuencia inevitable de la escasez son las *colas* para adquirir los distintos productos de la alimentación. Las *colas* tienen molestias y riesgos: el frío, la lluvia, el tiempo que requieren, el peligro de un cañoneo sobre la ciudad... Los últimos días—un frío como en Madrid no se conocía desde hace años, una nevada de una extraordinaria intensidad—han demostrado cumplidamente la conveniencia de que las *colas* queden reducidas al mínimum. Y si la absoluta desaparición de ellas no es realizable—tiempo de guerra no es tiempo de abundancia—, sí se puede lograr, en cambio, una menor molestia, una incomodidad más leve. Que bien lo merecen estas sufridas y calladas mujeres de Madrid.

En las tiendas de comestibles, por ejemplo, se entregan géneros tres veces a la semana al titular de cada cartilla. Hay que hacer *cola*—pequeña o grande, según la hora—tres veces a la semana, por tanto. Tres operaciones de comprobación de la cartilla y corte del cupón del día. Otras tres *colas*, después, para el cambio.

¿Qué razones se oponen, para evitar todo esto, a que el género de toda la semana se entregue de una sola vez? El problema se simplificaría así extraordinariamente. Hoy, con el actual sistema, por cada tienda—a trescientas cartillas diarias—, desfilan a la semana mil ochocientas personas. Mil ochocientas operaciones de comprobación de cartilla, otras tantas de corte de cupón, otras tantas de venta de género. Con aquella primera fórmula, en cambio, el trabajo quedaría reducido a una tercera parte. A la semana pasarían por la tienda, en vez de mil ochocientas personas, seiscientas. Y en la misma proporción quedarían reducidas todas las operaciones relacionadas con la venta.

Con otras ventajas, además. Como, por ejemplo, que el problema de los cambios se simplificaría mucho. Que el trabajo de empaquetado sería menor. Que se ahorraría papel.

Al mismo tiempo que ésta de una sola adquisición semanal, otras facilidades podrían ser ofrecidas al público: que pudiese adquirir el género en cualquier día de la semana—no en el que expresamente se le señala hoy—y que las tiendas estuviesen abiertas más tiempo: dos o tres horas por la tarde. (Hora la nuestra de pequeños o grandes sacrificios; este aquí apuntado no es excesivo).

Con todo ello, las tiendas de comestibles tendrían, en cuanto a la afluencia de público, un aspecto normal. Habrían, seguramente, desaparecido las *colas*. Y las incomodidades y los riesgos—al tener que salir menos a la calle—serían mucho menores para las gentes.

Algo análogo podría hacerse en otros comercios: en las carnicerías, por ejemplo. Como lo que se sirve—fiambre, carne congelada...—no tiene el riesgo de echarse a perder, podría darse de una vez lo que hoy se da en dos o en tres.

No queremos hacer una exposición completa—tienda por tienda—de lo que en los distintos ramos de la alimentación podría hacerse y conseguirse. Queremos, simplemente, apuntar una idea, susceptible, como es natural, de retoques, de mejoras, de ampliaciones. Los camaradas de la Comisión Municipal de Abastos verán si ella es utilizable. Madrid—sus mujeres ante las tiendas, bajo el frío y el peligro—sabría agradecérselo.

BARCELONA En la Consejería de Economía, con asistencia de las primeras autoridades de Cataluña, se celebró hace unos días la inauguración oficial de la Caja de Crédito Industrial y Comercial de la Generalidad (Fot. Merletti)

Historias de nuestra GUERRA

XVIII

LA CAMA DE BRONCE

Él era un buen obrero cincelador. Desde niño trabajó en el Estudio de un escultor célebre, de arte adulador, que poblaba los salones aristocráticos de bustos que «estaban hablando», y las plazas públicas, de alegorías barrocas, culminantes en la estatua de un señor enlevitado que había sido ministro.

Él, concienzudo artesano, tenía temperamento de artista. Le repugnaba el *pompier* dulzón, la bisutería afeminada con que su maestro halagaba los gustos de la clientela burguesa. Él hubiera querido trabajar al lado de un Rodín, de un Mestrovich, modelando masas ciclópeas en audaces rebeldías de la forma. En vez de eso, cincelaba lápidas conmemorativas, con ángeles de la Fama; trompeteros de tartas de confitería y *bibelots* simbólicos de la Elocuencia, la Virtud y la Constancia, para los plintos de figurones de renombre burocrático.

Ella era modista y chamberilera. Bonita y juncal. A su paso florecían en las aceras madrileñas luminarias de piropos.

Se casaron tres meses antes de la guerra. En el Juzgado del distrito, y sin acordarse de pasar por la iglesia. Boda con dejos castizos de fiesta popular. Él, en las Glorietas de Bilbao y de Quevedo, tenía buenos amigos, «choferos de punto», que convidaron a los *taxis* para el cortejo. Hubo comilona en el Campo de Recreo, ante el paisaje velazqueño de la Casa de Campo, henchida de lilas primaverales.

Y después del banquete y del baile, hasta rendirse al compás de un viejo organillo chulón, hubo, por insistencia del novio, que ir a visitar el nido flamante. Lo habían colgado en un ático, en una colmena urbana del barrio de Argüelles.

—En vistas nada más—decía él—tengo un tesoro.

Pero no era por eso para lo que había hecho subir hasta allí al cortejo. Era para mostrarles la joya del nido, su obra de arte, «suya y para él»: la cama nupcial.

Con orgullo de artista creador la mostraba. Él había hecho el dibujo, había modelado adornos y arabescos; eligió por sí mismo el metal, lo fué cincelando pacientemente. Había empleado en ella todos sus ahorros de un año, todo su tiempo libre, robando horas al sueño, trabajando con la fiebre de la ilusión, como un auténtico artista. Cada columna, y aun los simples barrotes, representaban un trabajo minucioso, delicado, hecho a conciencia; la guirnalda del cabecero, labrada flor a flor; los dos mofletudos, risueños angelotes que la sostenían, eran una bella obra.

Entre el modesto ajuar proletario, la cama nupcial resplandecía como una joya, trono de amor y de esperanza.

Él, jubiloso, orgulloso, exclamaba:

—No haya miedo a que se rompa. ¡Ya podrá dormir en ella mi primer nieto su noche de bodas!

Y luego, el vendaval trágico de la guerra. El obrerito artista murió en un amanecer de Noviembre, peleando como un bravo, en la defensa de Madrid. Una bala le tumbó para siempre, justamente allí, entre las acacias del merendero de su fiesta nupcial, cara al paisaje velazqueño de la Casa de Campo, erizada de fuego.

Y sobre el barrio de Argüelles llovió metralla asesina. Las casas-colmenas quedaban en esqueleto, abanderadas de llamas.

* * *

Ayer mañana, bulevares arriba, un mozalbete empujaba un carrito de mano. En el carrito iba, desarmada, la cama de bronce, obra maestra de aquel madrileñito anónimo, artista y valiente.

Junto al carrito va una mujer joven y enlutada. Es la compañera del cincelador. Viene de su barrio, de «su ático». Obtuvo permiso para recuperar los restos de sus enseres en la casa destrozada por la metralla. Sólo pudo poner en salvo la cama; sólo ella ha quedado casi incólume entre las ruinas de su pobre hogar.

—¿Te acuerdas?—me dice—. Ya aseguraba *él* que no era fácil romperla.

—Es verdad. Aun con poca reparación podrá servir mucho tiempo.

La mujer me mira tristemente:

—No. No he tenido hijo, y no podrá ningún nieto de él dormir aquí su noche de bodas. ¿Para qué la quiero?

Interrogo, curioso:

—¿Vas a venderla acaso?

Y ella, con una expresión emocionada, con un resplandor de rabia dolorosa en las pupilas, dice:

—No. No la vendo. La llevo ahora mismo a una fundición de guerra. La regalaré para que hagan balas. ¿No te parece una manera de vengarle a *él*?

JUAN FERRAGUT

APOPLEJIA
-PARALISIS-

Angina de pecho, Vejez prematura y demás enfermedades originadas por la **Arterioesclerosis** e **Hipertensión**

Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: *dolores de cabeza, rampa o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormigueos, vahídos (desmayos), modorra, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad*, etc., desaparecen con rapidez usando **Ruol**. Es recomendado por eminencias médicas de varios países, *suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina;* no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

Venta: Madrid, F. **Gayoso**, Arenal, 2. Barcelona, **Segalá**, Rbla Flores, 14, y principales farmacias de España, Portugal y América

CAPITOL

TERCERA SEMANA

Formidable éxito de la comedia policíaca

Mi ex mujer y yo

Creación de WILLIAN POWELL
y JEAN ARTHUR

Palacio de la Música

3.ª SEMANA de éxito grandioso del extraordinario film

Entre esposa y secretaria

con CLARK GABLE
JEAN HARLOW
y MYRNA LOY

AVENIDA

5.ª *SEMANA*

de la grandiosa producción

Bajo dos banderas

con CLAUDETTE COLBERT
y RONALD COLMAN

Un film extraordinario

RIALTO

Grandioso éxito de la emocionante producción

El hombre que sabía demasiado

La más escalofriante interpretación del famoso
PETER LORRE

Espectáculos

Ahora que se recuerda a LENIN

El calvario, el amor y la fe de MARIA KRUPSKAIA

En la vida de los hombres que influyeron decisivamente en la historia de los pueblos hay siempre, conocida o incógnita, a plena luz o en penumbra, una mujer. Así en la vida de este hombre que ahora, una vez más, y ante un nuevo aniversario de su muerte, recuerda el mundo proletario. Junto a la figura de Lenin se alza la de su compañera—en el amor, en la lucha y en la fe—, María Krupskaia. Ahora, que se le recuerda a él, es justo evocar también la figura de aquella mujer—traza aldeana, espíritu indomable—, que compartió con Vladimiro Ulianof el ensueño, el pan, la persecución y el triunfo.

«El hombre es un pedazo de tierra», dice la vieja frase, enraizando el espíritu del sér humano a la tierra en que nace. El hombre, como obedeciendo a una ley biológica, responderá siempre al trozo de suelo en que vino al mundo. Y así, María Krupskaia, nacida en una granja de Polonia, encarna rasgos y virtudes, heroísmos y apasionamientos del alma eslava. Pero no significa, en este luchador feminismo eslavo, el sentimiento nihilista, por ejemplo, de Vera Sergin, sino el afán constructivo, la fé creadora, la tarea iluminada.

La trinidad sombría de la expatriación, la miseria y la cárcel tutela sus horas y va forjando su recia personalidad moral sobre el yunque del dolor. Nada abate su firme convencimiento proletario. Sus horas de adolescencia y de juventud son, paralelamente, un calvario doloroso y una fe inquebrantable.

Su apellido Krup dice su origen alemán. ¿No son alemanes también su espíritu de tenacidad, su sentido riguroso de la disciplina y del método, su amor al estudio, su objetividad? Todas estas condiciones se funden en su vida con la resistencia indomable para el sufrimiento—*Nitchevó!* «¡No importa!»—, con la emoción de la justicia social, con la esperanza que no decae ni se humilla.

La comprensión y la realidad de una mejor justicia humana y social no nacen en ella por un primer convencimiento teórico, por un aprendizaje en los periódicos y en los libros. Aquel sentimiento llega a ella por experiencia directa, por sensación inmediata sobre su misma vida. Esas frases primeras de su vida tienen la fuerza trágica de una novela de su propio país. El látigo de los mayordomos rurales cae sobre su cuerpo de adolescente. Hambre, humillación, dolor. («Yo supe de dolor desde mi infancia; mi juventud, ¿fué juventud la mía?») Así se va formando su espíritu y su sensibilidad, en un roce diario con la tristeza, en una convivencia continua y fraternal con los explotados, con los oprimidos, con los que tienen hambre de pan y de justicia.

Su vida, forjada en ese yunque, no puede ser ya sino lo que fué: trabajo infatigable para que una nueva justicia social acabe con todo aquello que ella había sentido sobre su propia carne. Su senda está clara, y la seguirá sin un desmayo, sin un titubeo. Es ya el encuentro con Lenin: doble amor del corazón y de la cabeza, de sentirse compenetrados en el sentimiento amoroso y en una misma emoción social. Es un idilio revolucionario, un madrigal entre persecuciones y conspiraciones. Cafés obscuros, clubs proletarios, palabras en que amor y rebeldía forman un dúo constante e indisoluble.

María Krupskaia y Lenin pasean por Berna su pobreza, su expatriación y sus sueños. Visten y comen mal, aunque trabajan sin pausas, febrilmente. Son corresponsales de periódicos modestos, hacen traducciones que luego unas Editoriales les pagan muy mal. Arrastran una vida obscura, sencilla, de tarea fervorosa e iluminada. Y al fin, un día, la caída del zar, la revolución, la lucha para un nuevo estado social. Y allá van, camino de la Rusia que crepita y arde violentamente en resplandores, este hombre y esta mujer, sobre los que desde ahora se proyectará—vidas en penumbra hasta entonces—toda la luz del mundo.

Pasados los días duros, inquietos, heroicos, María Krupskaia trabaja junto a su compañero. Ve en camino de realización todos aquellos sueños de su juventud taciturna, doliente y humillada. Un día, el esposo muere. Pero la viuda sigue la tarea. El trabajo tiene que ser combate todavía. María Krupskaia—escritora, oradora, agitadora—está en el periódico, y en el mitin, y en el Congreso. Su inteligencia y su voluntad viven alertas, en una tensión continua. Y cuando en una hora de responsabilidad, en Moscú, se enfrentan las dos tendencias soviéticas—la evolucionista, la intransigente—, es ella la que impone la fórmula salvadora, la que acierta a fundir, como en cumplimiento de un mandato del muerto, los distintos pensamientos reunidos en la asamblea.

La muerte se lleva un día a María Krupskaia. Pero en esa hora del supremo tránsito, a la luz sobrehumana de los instantes últimos, esta mujer ve cómo deja hechos carne de realidad en su pueblo todos aquellos sueños de su juventud dolorosa.

Talleres de Prensa Gráfica, S. A., Hermosilla, 73, Madrid
(Printed in Spain)